

UNA ESTATUA SINGULAR: LA DEL PERRO DE LOS ENTIERROS

RODRIGO POZO LORA
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Los pueblos suben a sus héroes a los pedestales de mármol, ya vestidos de bronce, y los sitúan en plazas y jardines públicos para que las generaciones se sucedan en su recuerdo y en su respeto. Con frecuencia son hombres de armas a caballo, solitarios literatos, bienhechores o santos, pero siempre son hombres. Un pueblo de la provincia de Córdoba, Fernán-Núñez, tiene en el “Parque de las Fuentes” un monumento en bronce a un perro, una estatua singular para un animal singularísimo, “el perro de los entierros”.

Cuentan que fue un perro vagabundo, que no supieron como llegó al pueblo, y que se hizo notar porque se echaba en la puerta de la casa del difunto y después acompañaba al muerto al cementerio. Era respetado y temido por su simbolismo, ya que la muerte es la suprema verdad de un viaje sin retorno que no queríamos hacer ni solos ni en compañía de nadie. Hacía distinciones, al entierro de los suicidas no asistía. Tuvo una muerte trágica, ya que trágico era el argumento de su vida.

La cultura de los pueblos tiene hechos, formas y modos entremezclados en un amasijo armónico que constituye la base de nuestras costumbres y conocimientos, enraizados en el tiempo con nosotros y con la tierra; que siempre tratamos de explicar con el crisol del momento. Siempre quedan afortunadamente cuestiones sin explicar para acicate de algunos y para que el materialismo no nos pulverice todo el horizonte. Parece que siempre queda algo por explicar, y creo que es bueno. No se puede explicar la actitud de “Moro”, el perro de la estatua.

El perro como animal inteligente y doméstico se entiende con el hombre, con su dueño, sin pensamiento abstracto pero con algunos sentidos más especializados que los del propio hombre, como el olfato.

Con esto de quererlo explicar todo, el eterno ¿por qué?, que es absurdo pero humano al fin, pensamos que nuestro perro percibía la inmediata muerte o más bien la propia muerte, por el olfato. Tratamos de simplificar, sin poder entrar claramente en el intrincado laberinto misterioso de la mente de este perro. Cada

hombre tiene su identidad en su olor, que el perro bien distingue, y pensamos que la muerte, que nos iguala a todos, también tendrá su olor, una señal en definitiva, que identificará la llegada de la parca, sustancias que dejarán rastro que sólo “Moro” sabía identificar, por lo que se sentaba a la puerta de la casa del difunto, y como animal doméstico compañero del hombre, se unía después como doliente al cortejo fúnebre hasta el cementerio. No identificaba al suicida, creemos, porque éste rompe la cadena natural del proceso enfermedad-muerte.

Hoy la Unión Europea y sus pueblos han adoptado legislaciones de protección y defensa de los animales, y la estatua de este perro contribuirá, además de al recuerdo a la educación de sus pobladores al respeto por los animales. Consideramos que es la singularidad de una estatua que hace singular a un pueblo. Las pequeñas o grandes diferencias definen y resaltan el conjunto. Fernán-Núñez gracias a los que han conseguido perpetuar la memoria de “Moro, el perro de los entierros”, ha logrado que sea un pueblo con matices singulares para la historia.